

Novela Dos grandes de las letras israelíes, David Grossman y A.B. Yehoshua, abordan la tragedia de la muerte de un hijo en sus obras recientes

Ensayo sobre el dolor

ISABEL GÓMEZ MELENCHÓN

El sufrimiento más extremo que puede experimentar un ser humano es la pérdida de un hijo.

"Nada te prepara para enfrentarte a ello, nada te puede preparar". David Grossman (Jerusalén, 1954) ha dedicado a la pérdida de su hijo Uri, muerto en el último día de la última escaramuza de la última absurda guerra israelo-libanesa, dos obras, la segunda de las cuales, *Más allá del tiempo*, acaba de aparecer en nuestro país. Una novela relacionada con la anterior *La vida entera*, pero mucho más experimental y arriesgada, íntima y elegiaca, y que se publica cuando también llega a librerías *El cantar del fuego*, de su compatriota A.B. Yehoshua (Jerusalén, 1936), una novela en que la muerte del hijo por el fuego amigo vertebró la evolución de un hombre que decide anestesiar-se de la vida. Dos obras de las que el lector no sale indemne.

Dice uno de los protagonistas de la novela de Yehoshua que "los padres que han perdido un hijo tienen otro orden de cosas en la cabeza". Un orden de cosas en cierta manera más allá del tiempo, donde el dolor ocupa todo el espacio y a partir de él se buscan fórmulas que ayuden a tolerar la existencia: una justificación para la tragedia, un perdón, una iluminación, un recuerdo, la verdad, algo, en definitiva, a lo que agarrarse. En el contexto de Israel, también una razón para la infinitud de lo que eufemísticamente han dado en llamar el *conflicto*, una palabra que encierra to-

do el dolor de la pérdida de tantos hijos de unos y de otros en décadas de enfrentamiento. *El fuego amigo* adquiere aquí un carácter metafórico que supera el mero accidente.

Considerados dos de los cuatro grandes autores de las letras hebreas contemporáneas, Grossman y Yehoshua han abordado esta materia desde sus diferentes líneas literarias, pero también diferencias personales. El desgarró de Grossman es el de quien vive este dolor desde dentro. Si de *La vida entera* decía su editora, Silvia Querini, que le había hecho sentir lo que es ser madre "sin tener ningún hijo propio", en esta narración supera el concepto clásico de novela para aunar poesía, relato autobiográfico y cuento, con una intensidad que duele. Un cronista inicia su relato con un hombre y una mujer, sin identificar, sin nombres, en una cena triste y sin miradas. El hombre decide de pronto partir en la búsqueda de su hijo muerto hace cinco años, su mujer no lo sigue. En el diálogo entre ambos las palabras nos escuecen; dice la madre-mujer: "nos prometimos el uno al otro, lo juramos, que seguiríamos existiendo, que sufriríamos su ausencia, que lo añoraríamos pero que viviríamos".

Y una no puede evitar recordar cómo, en una conversación con Grossman, un par de años después de la tragedia, este nos contaba que su mujer había pedido, insistido, que la vida no se detuviera, que siguieran saliendo, yendo al cine, mirando hacia delante. Dice el pa-



A.B. Yehoshua
El cantar del fuego
Traducción de Ana María Bejarano

DUOMO
480 PÁGINAS
21,80 EUROS

David Grossman
Más allá del tiempo / Calgut fora del temps

Traducción al castellano de Ana María Bejarano y al catalán de Roser Lluch

LUMEN /
EDICIONES 62
240 / 288 PÁG.
16,90 EUROS

"Hay muchos Yirmeyahu cansados del 'conflicto'"

Es inevitable hablar del 'conflicto', aunque toque charlar de literatura. Y es inevitable porque la realidad es la que es, pero también porque Abraham B. Yehoshua no la rehúye, ni en persona ni en sus obras, algo que ya no sucede con las generaciones literarias más jóvenes, deseosas de seguir una senda nueva al margen de los Oz, de los Grossman, del propio Yehoshua, pero también cansados de esa realidad de enfrentamiento que, describe gráficamente el autor de *El cantar del fuego*, persigue al pueblo judío donde quiera que se asiente desde hace más de dos mil años, de la destrucción del templo al holocausto o a la creación del estado de Israel, envuelta en guerras desde el principio, ahora con la amenaza de Irán: "los conflictos se están convirtiendo en un componente permanente de nuestra identidad judía". Por eso, explica Yehoshua, el protagonista de su novela llega a un punto en el que no puede tolerar más tanta violencia, "y eso pasa en Israel, donde la gente está muy cansada del conflicto y quiere llevar una vida



PATROCINADO POR





normal, como en todas partes". Es bien sabida la postura de Yehoshua por la convivencia pacífica de los dos pueblos; Yirmeyahu acude a la aldea palestina para obtener una sola palabra, pero no lo consigue. "Y lo que resulta más doloroso aún de aceptar es que el soldado fuera víctima de su propio error". Y que el error fue fruto de un gesto de humanidad no reconocida, porque el otro, el palestino, sufre demasiado como para poder sentir conmiseración. La novela, a partir de la muerte, muestra una continua lucha por la vida. "Hay dos formas de luchar por la vida; una es dinámica, actuando, la otra es simplemente evitando la muerte, y estas son las dos actitudes de los protagonistas. También son importantes los paralelismos: en un momento de la narración, uno de los personajes va al dentista en Tel Aviv; al mismo tiempo, en la excavación de Tanzania aparecen unos dientes supuestamente de los Hominidos. "Quería mostrar que esos monos o lo que fueran también son nuestro origen, que todos venimos del mismo lugar. O la misma expresión "Fuego amigo", que provoca la muerte, pero el fuego también hace posible la vida.

Su próxima novela, *Caridad española*, se inicia en Santiago de Compostela, en tiempos contemporáneos. Literatura, anclada en la realidad. **I. G. M.**

01 Familiares de soldados israelíes muertos rezan durante el memorial el 25 de abril en el cementerio del Monte de los Olivos de Jerusalén
FOTO: GALI TIBBONI/ GETTY

02 El escritor David Grossman hace dos años en Barcelona donde recibió el Premi Internacional Terenci Moix
FOTO: ANA JIMENEZ

03 El escritor A.B. Yehoshua la pasada semana en Barcelona
FOTO: MANÉ ESPINOSA

dre-hombre: "Y juntos nacimos al otro lado, sin palabras, sin colores, y aprendimos a vivir el negativo de la vida". Silencio.

En su deambular hacía esa nada donde tal vez pueda recibir un último atisbo de aquel ser a quien acunó, y dio de comer, y enseñó a leer y escribir, el padre va encontrando otros hombres y mujeres que han experimentado el mismo dolor, la comitiva sigue adelante, el cronista nos lo cuenta, para intuir quizás una luz final: "Está muerto, él ha muerto. Pero su muerte, su muerte no ha muerto".

Estructurada en capítulos cada uno de los cuales corresponde a una de las ocho velas que se encienden, una por día, en la fiesta judía de Janucá, *El cantar del fuego* constituye una especie de dueto en el que dos historias paralelas pero entrelazadas unen a una misma familia en la supervivencia. En Tel Aviv viven Yaari y su esposa, Daniela, quien acaba de perder recientemente a su hermana, residente en Tanzania desde la muerte de su hijo. En África está Yirmeyahu, el viudo y padre doliente, quien ha decidido permanecer para siempre en Tanzania con la excusa de una excavación de la Unesco que busca a nuestros lejanos antepasados. Daniela parte ella sola a visitar a su cuñado, para realizar juntos el duelo de su hermana, mientras su esposo permanece en casa, ocupándose de sus negocios y su familia, especialmente de su hijo, quien ha sido detenido por intentar evitar las maniobras militares que le co-

rresponden como reservista.

Pero el duelo que Daniela acabará realizando será el del sobrino muerto, víctima del fuego amigo israelí cuando participaba en unas maniobras en una aldea en territorio palestino. Y así, mientras en Tel Aviv el marido se dedica a intentar reparar el ascensor de un elevado edificio en el que se producen una serie de anomalías, su esposa se encontrará con que lo primero que hace su cuñado es arrojar al fuego todos los periódicos israelíes e incluso las velas de Janucá que ella le ha llevado suponiendo que añora su patria. Es otra cosa la que añora: la familia y la vida que otro *fuego* destruyó para siempre. Con la compañía de una mujer sudanesa que ha perdido a todos los suyos en los conflictos tribales, Yirmeyahu ha organizado su vida

lejos de un país que no quiere volver a pisar, lejos de unos compatriotas a quienes no quiere ver, lejos de una religión que exige tanto, lejos de una identidad a la que ha renunciado.

Yehoshua plantea la posibilidad de alcanzar la paz mediante una sola palabra no ya de consuelo, sino simplemente de reconocimiento, de empatía, pero aún esa pequeña expiación le es negada al padre sin hijo cuando consigue la Verdad. La Verdad no sana, la verdad no ayuda. En Tel Aviv los vientos que sufre la estructura del ascensor averiado recuerdan los *espíritus* de todos los muertos en el conflicto, no en vano una misma palabra sirve para designar en hebreo los dos términos; en Tanzania, una mujer sudanesa, animista, aún cree en los espíritus. Y vive en paz. |

